



EL ASESINATO LEGAL DE SACCO Y VANZETTI

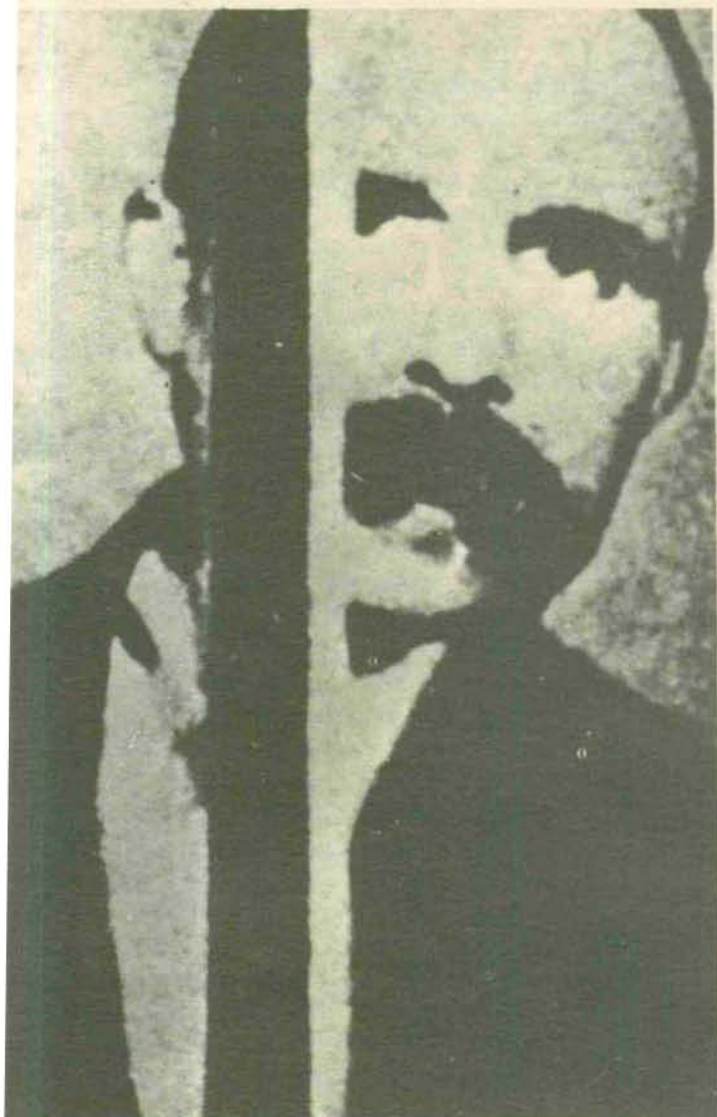
El 20 de abril de 1920 dos hombres atracaron a mano armada a los pagadores de la fábrica de calzado de South Braintree, en el Estado de Massachusetts. En el enfrentamiento resultó muerto uno de los vigilantes y desapareció el dinero de la nómina del mes (15.776 dólares). Los numero-

sos testigos del hecho *no lograron ver la cara* de los bandidos. Sin embargo, Sacco y Vanzetti iban a verse atrapados en un proceso por un delito que no cometieron, y que les conduciría, tras siete años de incertidumbre y sufrimientos, a la silla eléctrica.

Estamos en la década de 1920

en los Estados Unidos. Allí, junto a un anticomunismo primario y feroz, se desataba un creciente odio contra todos aquellos que manifestaban ideas progresistas, y también contra las minorías étnicas procedentes de otros países europeos, consideradas como las portadoras de la subver-

MARIA RUIPEREZ



Sacco y Vanzetti, anarquistas italianos emigrados a los Estados Unidos y asesinados en la Cárcel de Charlestown (Massachusetts) el 23 de agosto de 1927. Los dos condenados bajo la acusación de haber matado al pagador de una fábrica de calzado de la Ciudad de South Braintree. Pero, ¿qué sucedió en realidad? ¿Por qué el mundo se levantó indignado contra este crimen?

sión. El mismo Vanzetti, en una carta escrita a su hermana en 1911, se refiere expresamente al mal trato recibido por no ser americano ni expresarse bien en su idioma:

«Tuve injurias y escarnio de gente a la cual yo, de haber sabido inglés la décima parte de lo que sé de italiano, la hubiera dejado con el hocico en el polvo»¹.

Por ello, esta serie de prejuicios iban a orientarse hacia el grupo de emigrantes italianos, considerados culpables por la clase media americana de la creciente oleada de crímenes y asaltos que se habían

extendido por los Estados Unidos. Los ánimos del público americano estaban excitados, y ante el creciente malestar, la Policía decidió encontrar dos «cabezas de turco» (habían pasado ya algunos días, y no había sido posible encontrar pistas de los bandidos) para escarmiento del resto de los criminales del país. La Policía únicamente sabía que los asaltantes tenían aspecto de italianos, y que el coche de marca Buick que les esperaba había huido en dirección a Cochesset. Resultó casi milagroso que al detener a Sacco y Vanzetti, ambos reunieran las condiciones requeridas: italianos, anarquistas y, para colmo, armados y cargados de propaganda. Aunque el milagro se debía a

una serie de circunstancias totalmente ajenas al asesinato del que se les inculpó.

Después de la muerte de Salcedo (un radical que fue arrojado por la Policía desde el piso 14 del edificio del Departamento de Justicia de Nueva York, y de quien se informó que se había suicidado), los anarquistas habían decidido hacer desaparecer la propaganda. Sacco y Vanzetti, aconsejados por un abogado amigo suyo, Nelle, pretendieron sacar de su casa gran cantidad de folletos, pues se acercaba el primero de mayo, y ambos sabían que la Policía iba a registrar las casas de los anarquistas más conocidos. Así, intentaron alquilar el coche de uno de sus amigos, pero

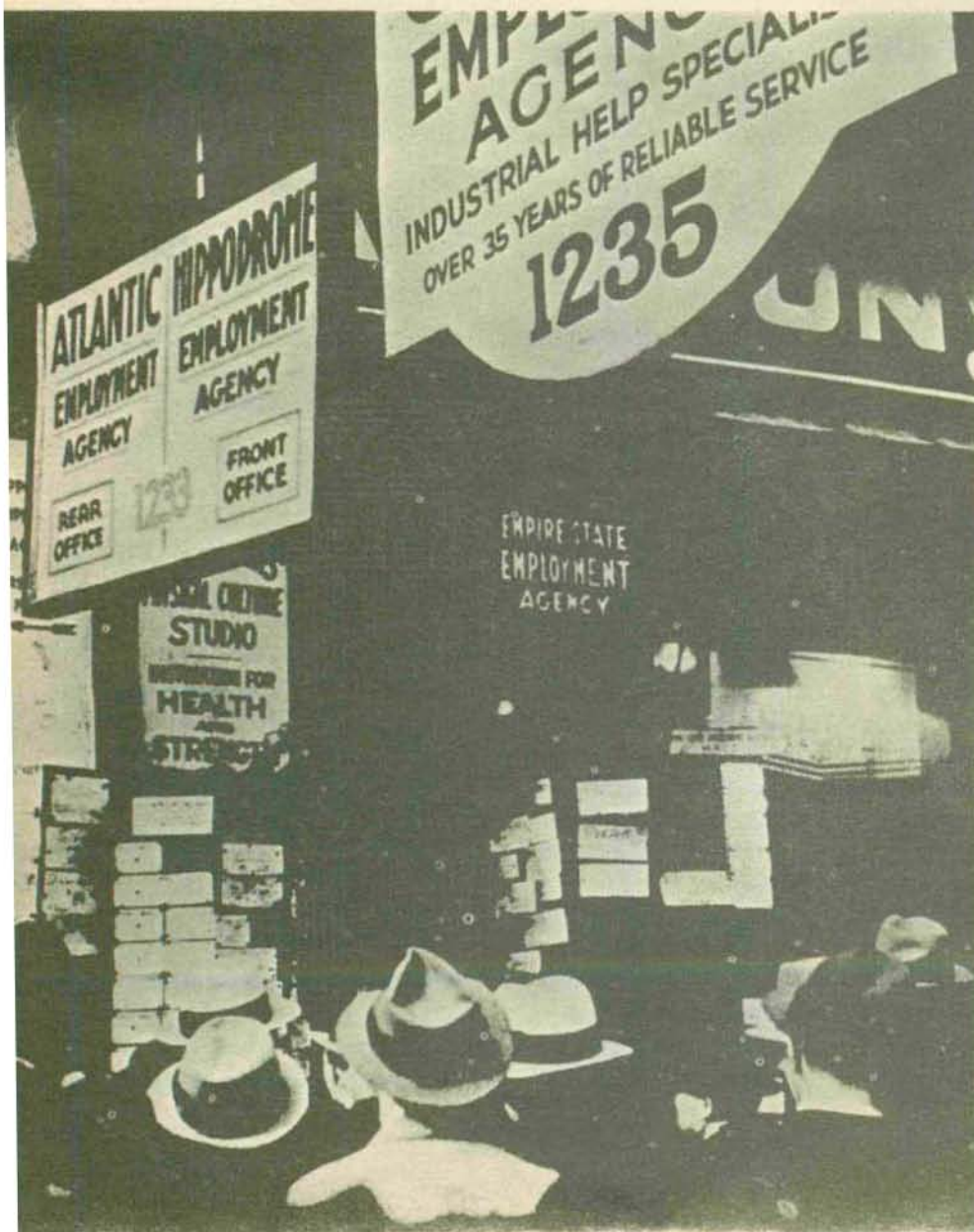
¹ *Las cartas de Bartolomeo Vanzetti. No lloren mi muerte.* Granica Editor. Buenos Aires, 1972, pág. 46.

no pudieron hacerlo al no estar legalizada la matrícula. Por ello, tomaron el tranvía de Broockton, y allí fueron detenidos por la Policía. Como no les explicaron los motivos de su detención, sino que se limitaron a preguntarles por su ideología política, Sacco y Vanzetti decidieron falsear su declaración, para no comprometer a los demás miembros de la organización. Más tarde, al conocer la acusación, intentaron cambiarla, pero no les sirvió de nada. El juez Thayer basó todo el proceso en la «conciencia de culpabilidad» que habían demostrado Sacco y Vanzetti al hacer esta primera declaración.

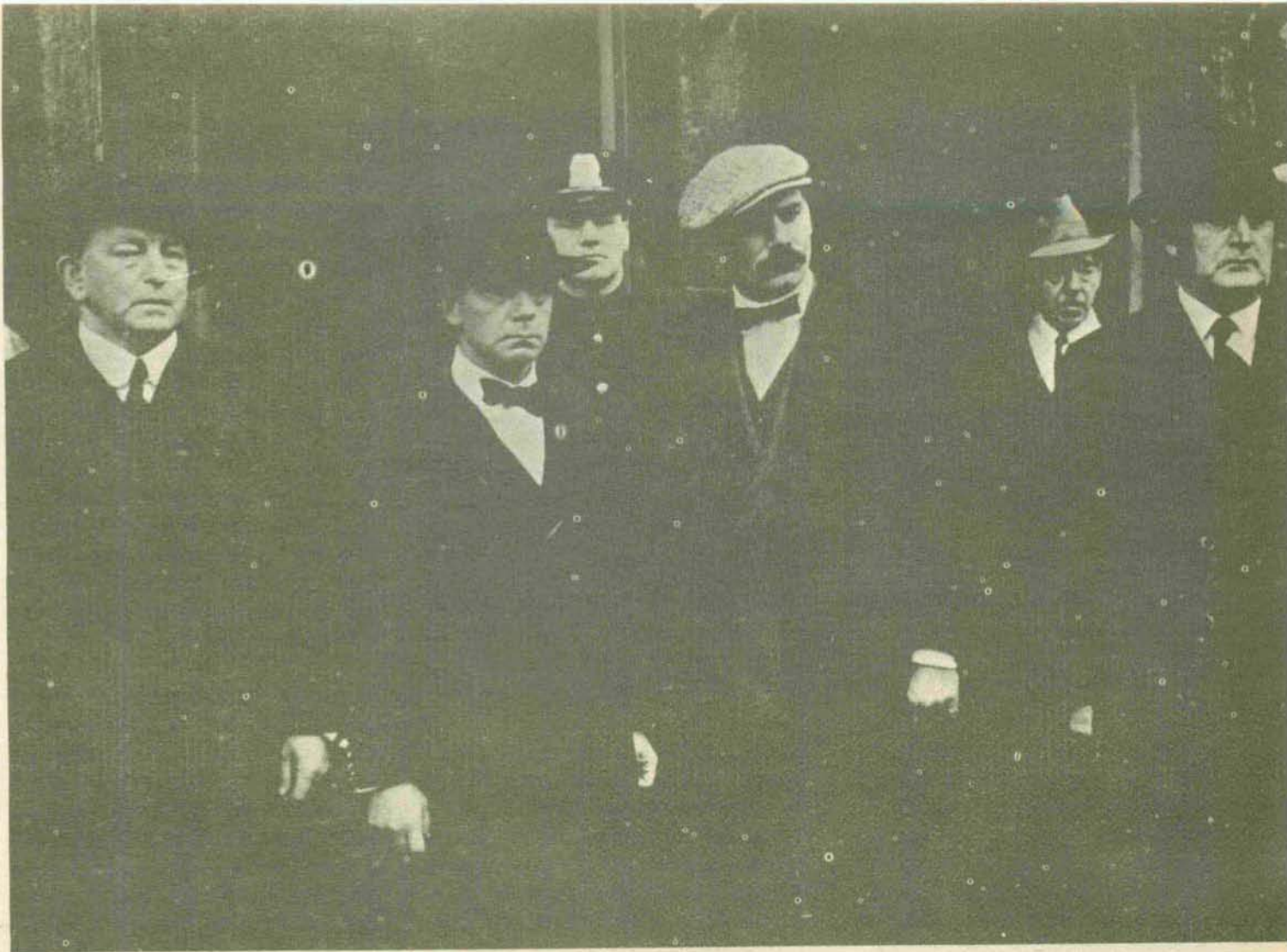
Tras la detención, Sacco fue acusado únicamente de participar en el asalto de South Braintree, mientras a Vanzetti se le culpó, además, de otro intento de asalto, cometido el 24 de diciembre de 1919, contra un recaudador de impuestos de Bridgewater (Massachusetts). El primer proceso contra Vanzetti comenzó el 2 de julio de 1920. Las declaraciones de los testigos de cargo, principalmente las de Benjamín Francis Bowle, policía al servicio de la Fábrica de calzado, y Cox, uno de los hombres que iban en el camión, coincidieron en afirmar que uno de los asaltantes llevaba bigote recortado como

el de Vanzetti. Sin embargo, durante el juicio se pudo demostrar que el bigote de éste no era igual al descrito por los dos hombres. Los demás testigos no pudieron identificar al asaltante. El argumento del fiscal descansaba, sobre todo, en la declaración de un vendedor de periódicos de catorce años que había visto al bandido, y describió su forma de correr como propia de un «extranjero». Insólito argumento. La defensa se basaba en que Vanzetti había pasado la mañana del 24 de diciembre, día del asalto, vendiendo pescado, afirmación comprobada fácilmente al ser la mayoría de sus clientes italianos, que durante esa fecha hacen sólo una comida a base de pescado para guardar la vigilia de Navidad. Todos los testigos de la defensa coincidieron en su declaración, y probaron que Vanzetti los había despachado aquel día. El compañero de Vanzetti en el puesto de pescado fue interrogado por el fiscal durante cuatro horas «sin lograr hacerle incurrir en contradicción ninguna»². Además, como todos los testigos de la defensa eran italianos, tuvieron necesidad de servirse de un intérprete oficial, rectificado en numerosas ocasiones por el abogado defensor durante el proceso. Pese a todo, éste no supo, —o no quiso—, sacar partido de las declaraciones, y el Jurado, tras casi seis horas de deliberaciones, aceptó todos los cargos formulados contra Vanzetti, y le declaró culpable de intento de asalto «con intención de matar», condenándole a una pena de doce a quince años de prisión. La maquinaria judicial estaba ya en marcha y no se detendría hasta conducir a ambos a la silla eléctrica.

EL PROCESO DE SACCO Y VANZETTI TIENE LUGAR EN MEDIO DE LA GRAN CRISIS ECONOMICA QUE DESEMBOCARIA EN EL «CRACK» DE 1929. LA FALTA DE PUESTOS DE TRABAJO INFLUYO EN LA HOSTILIDAD HACIA LOS MILES DE EMIGRANTES QUE LUCHABAN POR UN EMPLEO, AGOLPANDOSE ANTE LAS OFICINAS DE COLOCACION.



² Luis Amado: *El proceso Sacco - Vanzetti*. A. Redondo Editor. Barcelona, 1971, pág. 16.



SACCO Y VANZETTI FUERON DETENIDOS A RAIZ DEL ATRACO A MANO ARMADA A LOS PAGADORES DE LA FABRICA DE CALZADO DE SOUTH BRAINTREE (MASSACHUSETTS), QUE SE PRODUJO EL 20 DE ABRIL DE 1920. AMBOS ERAN TOTALMENTE INOCENTES. (FOTOGRAFIA CORRESPONDIENTE AL FILM DE GIULIANO MONTALDO INTERPRETADO POR GIAN MARIA VOLONTE Y RICARDO CUCCIOLA.)

La mano ejecutora encargada de preparar el segundo proceso contra Sacco y Vanzetti fue el juez Thayer, definido por el propio Vanzetti como «un santurrón limitadísimo, ferozmente reaccionario [que] no tuvo escrúpulos en condenarnos injustamente, porque su conciencia aprueba el exterminio de los anarquistas»³. A esta actitud ideológica unía una ambición desmedida por escalar puestos en su carrera jurídica. La ocasión era idónea: podía ascender si descubría a los asesinos del vigilante de Braintree. Decidió acusar a los dos italianos como autores del asalto y del asesinato. La fatalidad inter-

vino también contra ellos, porque el fiscal era Katzmann, el mismo acusador de Vanzetti en el juicio anterior. La personalidad de los dos acusados se prestaba a la perfección para el montaje del juicio: uno de ellos ya había sido condenado por asalto a mano armada y, además, los dos habían huido a Méjico en 1917 para no incorporarse al servicio militar, permaneciendo en este país hasta la firma del armisticio de 1918. Así lo reconocía el abogado de Sacco, M. H. Moore, en el informe presentado durante el juicio:

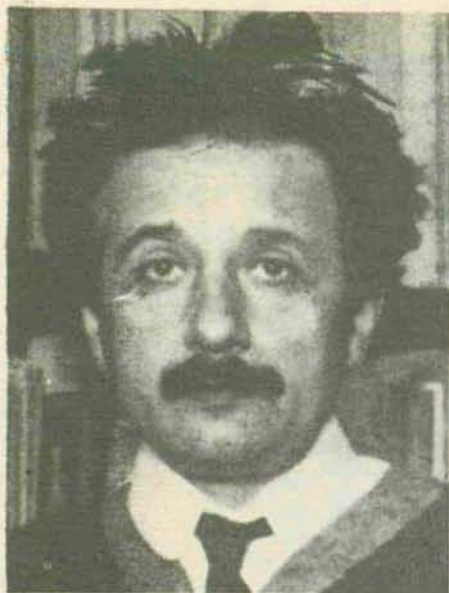
«Ningún fiscal ha tenido nunca una causa más bonita que ésta. Se puede poner en pie y decir: 'Señores, hemos venido aquí

durante seis semanas por dos desertores, por dos hombres que no pensaron bastante en este país durante la guerra, que huyeron a Méjico; asesinos, desertores, anarquistas.' Sobre estas cuerdas es fácil, señores, tocar una música cualquiera, y es necesario que no hagáis caso de estas palabras, que son terribles, pero que se han usado hasta el límite.»⁴

El proceso comenzó en Dedham (Massachusetts) el 31 de mayo de 1921, y terminó al año siguiente. La acusación hacía Sacco responsable del crimen, y a Vanzetti cómplice. Los testigos de la acusación (59 de los 167 que se presentaron) incurrieron en tales con-

³ O. c., Carta a su hermana Luigina, 5-XII-1926, p. 165.

⁴ O. c., pág. 72-73.



ENTRE LAS PERSONALIDADES QUE SUSCRIBIERON UN DOCUMENTO EN EL QUE SE PEDÍA CLEMENCIA PARA LOS DOS ANARQUISTAS ITALIANOS, FIGURABAN ALBERT EINSTEIN Y MADAME CURIE. PERO TODOS LOS INTENTOS PARA SALVAR SUS VIDAS SE REVELARON INÚTILES ANTE LA PARCIALIDAD DE LAS AUTORIDADES JUDICIALES.

tradiciones a la hora de identificar a los culpables que el abogado Moore afirma en su discurso: «Señores, no hay un solo testigo llamado por el Gobierno que haya tenido la oportunidad que han tenido ellos de observar y que haya hecho una identificación. Ni uno sólo.»⁵ Las irregularidades fueron numerosas: como explicó más tarde Vanzetti a su hermana Luigina, «uno de los testigos de la acusación confesó haber jurado en falso; un testigo nuevo, a quien antes habían hecho desaparecer del Estado, negó categóricamente nuestra presencia entre los autores del atraco»⁶. Otro de los testigos fue amenazado con perder su empleo si no reconocía a Sacco y a Vanzetti como autores del crimen. La única persona que vió cara a cara a los asaltantes no compareció al juicio, y su nombre permaneció en secreto. Las pruebas de balística fueron igualmente trastocadas. El calibre del «colt» utilizado para cometer el crimen era distinto al que encontraron a Sacco en el momento de su detención. El intérprete

oficial falseaba continuamente las declaraciones de los testigos, obligando a los defensores a llevar intérpretes propios. Pero, una vez más, los abogados no supieron estar a la altura exigida por las circunstancias, ni sacar todo el partido de las pruebas presentadas por el fiscal.

En cambio, los 99 testigos presentados por la defensa probaron sin ninguna duda que los acusados no habían sido los ejecutores del crimen. El mismo cónsul italiano declaró que Sacco había estado en el Consulado de Boston el día en que se cometió el crimen; necesitaba un pasaporte para marchar a Italia, donde acababa de morir su madre. Vanzetti, según señalaron los testigos, no se había movido de su puesto de pescador. Pero la mayoría eran italianos o españoles, y no se dio ningún crédito a las pruebas aportadas por ellos. El abogado Jeremiah J. McAnarney, uno de los defensores de Vanzetti, dijo en su informe:

«Desgraciadamente, hay muchos españoles e italianos entre nuestros testigos. Es la primera

vez en mi historia, en mi experiencia como abogado, que una raza entera queda bajo la acusación, como en este caso. No se da importancia ninguna a la prueba que viene de estos españoles o de estos italianos: ni siquiera se les ha honrado con una pregunta sobre los que han visto (...). ¿Se trata de presumir que un italiano, porque sea italiano, es un asesino, o que trata de encubrir a un asesino? ¿Se ha de presumir que un español, por ser español, no es un hombre, y ha de encubrir a un asesino? (...) Os aseguro que me siento avergonzado por lo que se trasluce aquí.»⁷

A pesar de todo, el día 14 de junio de 1921 el Jurado declaró culpables de asesinato en primer grado a Sacco y a Vanzetti. Al terminar la lectura del veredicto, Sacco exclamó: «Asesinan ustedes a un hombre inocente. Asesinan ustedes a dos hombres inocentes.» Y Vanzetti, tratando de dar una explicación más completa de lo ocurrido, escribiría poco después a una amiga italiana:

«(...) Yo estoy convencido de que nadie sabe mejor que mis jueces que yo estoy condenado injustamente. Porque fueron ellos quienes me enredaron (...). Pero los jueces no están para tal justicia, sino para defender y proteger a los ricos que roban el pan a la pobre gente trabajadora (...); mis jueces me condenaron para hecer carrera, porque yo ayudé a los huelguistas, estuve contra la guerra y traté de abrir los ojos de la gente.»⁸

El calvario de los dos amigos se prolongaría siete años más, pero desde el momento de su condena a muerte, comienza una de las mayores corrientes de solidaridad que ha con-

⁷ O. c., págs. 62-63.

⁸ O. c., Carta a Elvira Fantino de Isaia, 25-VI-1923, pág. 93.

⁵ O. c., pág. 46.

⁶ O. c., Carta a Luigina, pág. 79.

templado la humanidad. El movimiento obrero mundial movilizó sus fuerzas haciendo llegar a Estados Unidos enormes sumas de dinero para pagar con ellas a los mejores abogados del país. Las manifestaciones y los mítines se sucedían en todos los países del mundo (Barcelona, Madrid, París, Londres, Moscú, Calcuta, Pekín), e incluso en los mismos Estados Unidos se formó un comité de ayuda a Sacco y Vanzetti encargado de unificar las acciones de todos los interesados en apoyar la causa de los condenados. El movimiento de la solidaridad se extendió también a la prisión donde estaban encerra-

dos Sacco y Vanzetti, entre el resto de sus compañeros y sus familias, e incluso intelectuales de primera fila, como Madame Curie y Albert Einstein, suscribían la petición de clemencia. Los condenados también continuaban luchando. Sacco recurrió a la huelga del hambre el 16 de febrero de 1923, y se mantuvo casi un mes, hasta que al correr peligro de muerte, la defensa decidió, sin contar con él, su traslado a un hospital para restablecer su salud. A raíz de la determinación de Sacco, las peticiones de clemencia aumentaron, llegando a intervenir en su favor incluso el propio Mussolini. Mientras, Van-

zetti escribía artículos en su defensa publicados en algunos periódicos, y mantenía la confianza en el triunfo de la solidaridad mundial: «Mientras hay vida hay esperanza —escribía a su hermana en 1926—. Debemos ser fuertes y luchar hasta el fin.»

En esta última fecha ya sabían con certeza quiénes eran los verdaderos culpables, por habérselo confesado uno de ellos, Celestino F. Madeiros, portugués encerrado en 1925 en la misma cárcel que Sacco y Vanzetti. El 18 de noviembre de 1925, este hombre mandó a Sacco, metido en un periódico, el siguiente mensaje:



EL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD CON SACCO Y VANZETTI SE EXTENDIÓ POR TODO EL MUNDO. BARCELONA, MADRID, PARÍS, LONDRES, MOSCÚ, CALCUTA, PEKÍN FUERON FRECUENTE ESCENARIO DE MANIFESTACIONES POPULARES EN QUE SE PEDÍA LA LIBERTAD DE LOS ACUSADOS. (EN LA IMAGEN, RECONSTRUCCIÓN DE UNA DE DICHAS MANIFESTACIONES EN LA PELÍCULA «SACCO Y VANZETTI».)



VINCENZINA VANZETTI —A LA IZQUIERDA DEL LECTOR—, HERMANA DE BARTOLOMEO, QUE DEDICARIA BUENA PARTE DE SU VIDA A REIVINDICAR LA MEMORIA DE ESTE. LA VEMOS AQUÍ EN ROMA, ACOMPAÑADA POR UNA PRIMA, CON MOTIVO DEL ESTRENO DE UNA OBRA TEATRAL INSPIRADA EN EL CASO DE LOS DOS ANARQUISTAS.

«Yo, por la presente, confieso haber estado en el crimen de la fábrica de zapatos de South Braintree, y declaro que Sacco y Vanzetti no están complicados en dicho crimen.—Celestino F. Madeiros.»

Los abogados de Sacco iniciaron rápidamente toda clase de investigaciones para comprobar la veracidad de la confesión. Madeiros hizo una declaración jurada ante el abogado Tompson, donde contaba cómo se llevó a cabo el asalto, pero no quiso dar ningún nombre de los componentes de la banda. Sin embargo, por los detalles que dio en esta declaración, los abogados pudieron identificar a los culpables. La autora del asalto resultó ser la «banda Morelli», conocida por la Policía como responsable de numerosos atracos contra trenes del Estado de Massachusetts. De los cinco hombres que participaron en el asalto de Braintree, tres eran italianos, mientras el cuarto, conductor del automóvil, era un hombre cono-

cido por Steve «el Polaco». Más de treinta testigos les identificaron como los autores del crimen de Braintree. Además, el revólver de Morelli era un «colt» del calibre 32, el mismo de la bala que causó la muerte del vigilante. Y más aún, el coche marca Buick, utilizado por los asesinos para escapar, era propiedad de Morelli, quien le hizo desaparecer después de cometer el crimen.

El mismo Madeiros explicó ante el fiscal del distrito los motivos que le impulsaron a prestar declaración en favor de Sacco y Vanzetti: «Un día vi a la mujer de Sacco salir de la prisión llorando, con sus hijos; sentí un gran dolor, un amargo remordimiento y un deseo desesperado de decir la verdad.»⁹ Los abogados defensores presentaron esta declaración, junto con la «moción Madeiros» para obtener la revisión del juicio, pero fue rechazada por Thayer, el día 22 de octu-

⁹ O. c., pág. 195.

bre de 1926. Su negativa se basaba en el hecho, por todos conocido, de que Madeiros era un ladrón y un asesino profesional y, por tanto, «la declaración de un hombre de este tipo debe examinarse con el mayor cuidado antes de anular el veredicto de un Jurado (...)». Tras su negativa, los abogados de Sacco y Vanzetti presentaron ante el Tribunal Supremo de Massachusetts un nuevo recurso de revisión, que también fue rechazado el 5 de abril de 1927. Cuatro días más tarde, el juez Thayer pronunció la sentencia de muerte para ambos, y se fijó la fecha de la ejecución para la semana del 10 de julio de 1927.

El final estaba ya próximo. Pero los acusados aún mantuvieron su declaración de inocencia y no renunciaron a la defensa de sus ideas (como lo demuestran las últimas cartas de Sacco y Vanzetti a la familia del primero, escritas después de la condena y recogidas a continuación de este artículo). En una réplica impresionante al juez Thayer, Vanzetti todavía fue capaz de explicar:

«No desearía para un perro, ni para una serpiente, ni para la criatura más miserable y desafortunada de la tierra lo que yo ha tenido que sufrir por culpas en las cuales no incurrí. Pero mi convicción es otra: que he sufrido por culpas que efectivamente tengo. He sufrido por ser radical y, en efecto, yo soy radical; he sufrido por ser italiano y, en efecto, yo soy italiano (...), pero estoy tan convencido de estar en lo justo, que si usted tuviera el poder de matarme dos veces, y yo pudiera nacer dos veces, volvería a vivir para hacer de nuevo, exactamente, lo que hice hasta ahora.»¹⁰

El 3 de agosto el gobernador del Estado de Massachusetts

¹⁰ O. c., pág. 223.

denegaba la petición de clemencia presentada por Vanzetti (y que Sacco no había querido firmar). Tampoco aceptaría las numerosas solicitudes de perdón que recibió en los días siguientes procedentes de personalidades de todo el mundo, ni atendería a las comisiones que acudieron a pedirselo personalmente. Pese a ello, se organizaron manifestaciones pidiendo la revocación de la pena de muerte, en las que fueron detenidos por la Policía escritores, como John Dos Passos, periodistas, profesores abogados... La mujer de Sacco y la hermana de Vanzetti, Luigina, se presentaron también al gobernador para implorar compasión para los condenados, pero su petición tampoco sirvió de nada.

El camino hacia la silla eléctrica había sido largo, pero el 23 de agosto de 1927, cuando los guardianes comprobaron el funcionamiento de la silla eléctrica, fueron a buscar a los condenados. Primero cayó



TAMBIEN UNO DE LOS SOBRINOS DE NICOLA SACCO SE PROPUSO REHABILITAR LA MEMORIA DE LOS EJECUTADOS. INTENTANDO QUE SE ABRIERA DE NUEVO EL CASO. PARA ELLO RECURRIO AL ABOGADO DE MILAN MICHELE CATALANO (TRAS LA MESA), CON EL QUE APARECE CONVERSANDO.

Madeiras. Después, los guardianes condujeron a Sacco a la cámara del patíbulo. Este no vaciló ni un momento, fue directamente a la silla, y mientras le sujetaban las correas a las piernas grito: «¡Viva la anarquía!» Después dijo: «Adiós a mi mujer, a mis hijos y a todos mis amigos», y al ver hacer la señal al alcaide, añadió: «Buenas noches, señores. Adiós, madre.» A los pocos minutos caía fulminado por una corriente de dos mil cien voltios. Había llegado el turno a Vanzetti. Al llegar a la sala de la muerte fue saludando tran-

quilamente a todos los presentes, y se despidió del propio alcaide. Al sentarse en la silla eléctrica pronunció estas palabras: «Quiero decirles que soy inocente y que no he cometido nunca ningún crimen, aun cuando algunas veces haya pecado. Soy inocente no sólo de este crimen, sino de cualquier otro. Soy un hombre inocente.» Al vendarle los ojos dijo: «Deseo perdonar a algunos lo que me hacen hoy a mí.» Una corriente de mil novecientos cincuenta voltios fue suficiente para acabar con su vida. ■ M. R.

SACCO y VANZETTI

LAS TRES ULTIMAS CARTAS

19 de julio de 1927.
Prisión del Estado
de Charlestown

MI querida Inés:

Quisiera que pudieras entender lo que voy a decirte y querría escribirte de manera sencilla, pues deseo tanto que puedas oír la latente ansiedad de

tu padre que te quiere tanto a ti, la más querida de mis hijos.

Es muy difícil que me entiendas a tu corta edad, pero voy a tratar desde el fondo de mi corazón de hacerte comprender cuán querida eres para tu padre. Si no puedo conseguirlo, sé que guardarás esta carta y la volverás a leer en los años futuros, para ver y sentir el mismo afecto emocionado que tu padre siente cuando te escribe.

Guardaré tu carta, tan querida, y la llevaré junto a mi corazón hasta el final de mi vida. Cuando muera, la enterrarán con tu padre, que te quiere